

## LO QUE SE ESCRIBE

### ***La casa: escena de la fantasía \****

Vida Maberino de Prego  
(Montevideo)

“La casa de habitación, un sucedáneo del vientre materno, primera morada cuya nostalgia quizá aún persista en nosotros, donde estábamos tan seguros y nos sentíamos tan a gusto.”

S. FREUD

“A medida que el avión iba ascendiendo y alejándose de la tierra, los edificios, las casas se hacían cada vez más y más pequeños.

En un instante, el lugar conocido de donde había partido hacia tan sólo unos minutos, se había convertido en una maravillosa ciudad de juguete a donde, con toda mi alma, hubiera querido regresar.

Muchos años atrás, me habían regalado un conjunto de casitas blancas que durante mucho tiempo constituyeron algo fascinante y que siempre permanecen en mi recuerdo; tanto que, cuando viajo por otros países, me detengo en las jugueterías siempre anhelando el re-encuentro con ese juguete.”

Detenida en el aire y en el tiempo por el hilo de un recuerdo, las casitas blancas de su infancia aparecen dibujando, forma y color, un pedazo de la vida de la paciente, que así inicia una sesión.

Y es que las casas jalonan como mojones, nuestro tránsito por el vivir.

---

\* Leído en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay el 21 de agosto de 1976.

De una casa nacemos, casa-vientre que nos cobija en una etapa de formación; vamos hacia otra casa, la última, con una interrogante que no nos será jamás contestada.

No elegimos ni la primera ni la última morada, como tampoco podemos elegir ni el momento de nacer ni el momento de morir (salvo cuando el morir se vivencia como un trascender la vida, para no perderla) y todo espacio abierto es un trayecto entre un salir y un entrar; trayecto más o menos largo, más o menos difícil, que es el vivir.

La casa paterna, la escuela, la casa donde vivimos cuando formamos nuestro hogar, son lugares determinantes en la vida, y en nuestros sueños; así como en los sueños de los pacientes frecuentemente aparece una casa —escenografía del drama— donde, fuera de las leyes temporales y espaciales que rigen la vigilia, nos es devuelto un lugar perdido tiempo ha.

Así Octaviano, 12 presa del deseo de la mujer amada muerta, revive la ciudad destruida hasta unas horas antes, devolviéndole todo su esplendor con la fuerza de su —también— deseo del reencuentro.

En la magia de la noche bañada por la luna, lo primero que surge ante sus ojos asombrados por el milagro, es la casa, precursora del encuentro predeterminado por los sentimientos que el calco del seno maravilloso, había despertado en él.

Como una reminiscencia de algo perdido tiempo atrás y que sólo puede recuperarse a través del sueño, “Octaviano, al pasar delante de una casa que había observado durante el día, y sobre la que la luz de la luna daba de lleno vio, en estado de integridad perfecta, un pórtico cuyo orden había tratado de establecer... Esta extraña restauración, hecha de la tarde a la noche, por un arquitecto desconocido, atormentaba a Octaviano, seguro de haber visto aquella casa el mismo día, en estado de ruinas.

“El misterioso reconstructor había trabajado muy de prisa, pues todas las mansiones próximas tenían el mismo aspecto reluciente y nuevo.”

Y en su encuentro con Marcela... “Al mirar aquella cabeza tan tranquila y tan apasionada, tan fría y tan ardiente, tan muerta y tan viva, comprendió que tenía ante él a su primer y único amor, su copa de embriaguez suprema.”

Octaviano despierta de su sueño de amor solo, otra vez, entre las ruinas de la ciudad destruida.

Las ruinas que el arquitecto desconocido resucita para él, son el continente de un pasado alucinado para el instante del encuentro con la mujer ansiada; un instante que fusiona, en la fantasmática del personaje, la vida y la muerte; el ayer y el presente.

El día lo encuentra solo, desposeído e inerte, porque su libido ha quedado retenida en un punto del que no puede salir.

En esta línea, Ricœur 19 nos dice, “para Freud, las posiciones sucesivas de la sexualidad son tenaces y difíciles de abandonar, de modo que el camino de la realidad está jalonado de objetos perdidos; el primero, el seno materno: el propio autoerotismo está parcialmente ligado a este objeto perdido. He aquí por qué la elección de objeto tiene a la vez un carácter prospectivo y nostálgico”. “El hecho de encontrar un objeto sexual no es en suma más que una manera de re-encontrarlo. Para la libido, el futuro está hacia atrás, en la felicidad perdida.”

Felicidad que siempre le será vedada a Octaviano quien, después de su extraña experiencia, vagará como una sombra, en la obsesión de la búsqueda del objeto perdido.

La casa, como recipiente de ese objeto, adquiere habitualmente a posteriori la cualidad de un estuche que conservará lo idealizado.

Si un arquitecto desconocido nos permitiera recuperar la casa de la infancia, como sucede en los sueños o en la literatura, al abrir su puerta nos recibirían los

moradores de entonces, dejándonos con la ilusión de vencer el tiempo y la muerte en última instancia, de negarnos nuestra impotencia.

## **LA CASA Y LA CASTRACIÓN**

En Ovidio, un joven paciente que había empezado su análisis tiempo atrás, a causa de una patológica relación con su madre viuda, “la casa imperfecta” que él quería reconstruir, fue el tema primordial que llenó, durante meses, el tiempo de sus sesiones.

Después de una breve interrupción, al retomar su análisis me relata los contratiempos que tuvo que soportar a causa de la lluvia torrencial que cayó en esos días: la casa donde habita con su madre, y que tiene muchos años de construida, se llovió por todas partes.

Profundamente angustiado, se refugió en su cuarto, pero ahí, el ruido de las goteras lo volvía loco. Todo se mojaba y aunque utilizó un complicado procedimiento compuesto de tablas y de pedazos de nailon para desviar el agua y proteger los libros, todo fue inútil.

Se sentía realmente desesperado pensando que los contenidos de la casa se iban a estropear.

Su novia lo esperaba a cenar pero él pensó que no podría ir, dejando la casa sola, en esas condiciones. Quiso dormir, esperando que mientras tanto parara la lluvia, pero no pudo conciliar el sueño.

Finalmente decidió salir a cenar con su novia, pero no pudo permanecer con ella porque se encontraba preso de una ansiedad inmanejable.

Volvió a su casa, recorrió los cuartos controlando los lugares por donde el agua se filtraba y los estragos que pudiera hacer, y sólo logró tranquilizarse cuando, pensando en un proyecto para reconstruirla, sintió que podría hallar los medios para hacerlo. “No puedo ni pensar en casarme si antes no soy capaz de arreglar la casa donde viví y en donde mi madre va a seguir viviendo.”

La casa que no protege del pasaje del agua, presentiza el agujero por donde el paciente se siente escurrir, licuoso en su ansiedad por lo que no puede negar más.

Los agujeros por donde atraviesan los chorros de agua son terroríficos porque,

como la cabeza de Medusa, patentizan la castración.

Para Ovidio, el proyecto que él puede realizar —y que es lo único que logra tranquilizarlo representa no sólo el sentirse en posesión de un instrumento que le permita reparar la casa-cuerpo materno y el vínculo con ella, sino y especialmente conseguir “la perfección” que como un fetiche, negara la falta del falo en la mujer.

Solamente así siente que puede rescatarse de la situación que lo aprisiona.

En Adela, una joven abogada que inició el análisis por sus dificultades para integrar una pareja heterosexual, vemos cómo la casa es vivenciada como el vínculo conflictual con la madre y con su propia femineidad, que le es imposible asumir.

En el primer mes de su casamiento, llega a la sesión desalentada por el trabajo que le produce el manejo de la casa.

“Manejar una casa es algo tan difícil y cansador!” dice. “Siempre hay algo que hacer y cuando ese algo se termina, hay que volver a empezar con lo mismo: limpiar, lavar, ordenar, comprar los comestibles, cocinar..., no sé por qué me cuesta tanto decirle esto a usted.”

Mientras habla aumenta su ansiedad y termina llorando amargamente.

Agrega: “De mañana, estoy deseando que mi marido se vaya para el estudio y que regrese lo más tarde posible; estando él en casa, no sé qué me pasa pero no puedo hacer nada, como si se interpusiera entre la casa y yo.”

La casa es presentada por Adela, como la imagen de una mujer exigente, con quien le cuesta comunicarse y que, además, la separa de su pareja.

Si el marido está en la casa, se siente paralizada en la relación con ambos. La casa le exige una atención que no puede darle porque el marido se lo impide y, a su vez, no puede estar con él, aunque lo desee mucho, porque se siente observada por “todo lo que no está hecho”, según expresión de la paciente. En algunas ocasiones ha necesitado salir de la casa e ir a un café con el marido, para poder conversar íntimamente.

La casa —que necesita que se terminen de hacer las cosas— le devuelve como en un espejo su propia incompletud, patentizada frente a su pareja, que sí, es “terminado”, para ella.

El vínculo con él agudiza la situación conflictual con su madre, responsable de su carencia.

Tanto en Ovidio como en Adela, creemos ver en **la casa**, la representación de la figura materna, conteniendo el vínculo con ella, sus exigencias y especialmente la situación de dependencia que impide la autonomía necesaria para el establecimiento de una pareja adulta. Situación de dependencia que es trasladada a la casa, porque permite ubicar en ella la imperfección que puede ser reparada — aunque exija un máximo de esfuerzo— alejando en lo posible el fracaso de la omnipotencia.

## **LA CASA Y LA MUJER**

En mi experiencia con pacientes del sexo femenino, he encontrado que Siempre aparece el tema de la casa.

La preocupación que la mujer, en general, siente por el aspecto que presenta la casa, ya sea en lo referente a la construcción en sí, al arreglo de su interior, o al orden que en ella impera, es bastante conocida y las “triviales conversaciones” sobre estos temas, en algunos momentos pueden llegar a ser el punto nodal que, unido a la difícil relación que se establece con las empleadas, cierra un círculo muchas veces agobiante.

La importancia que adquiere el despliegue de sus aspectos brillantes, lujosos o de buen gusto, cuando se exhiben, por ejemplo, en una reunión social, va más allá de ser un signo representativo del status socio-cultural de sus habitantes.

Parfraseando a Abraham, 2 diríamos que “la mujer podría resignarse a su femineidad si fuera absolutamente, la mujer (casa) más hermosa de todas.”

Dejando de lado las imposiciones culturales, condicionantes de una dificultad para que el manejo de una casa pueda efectuarse en forma más libre, me he preguntado si la necesidad, muchas veces imperiosa, de que la casa presente un aspecto determinado, y la forma en que sus fallas y carencias pueden convertirse en el centro de las preocupaciones, no está en la dificultad para aceptar su propio cuerpo castrado y con el odio por la herida narcisística que le fue impuesta.

Diríamos que la necesidad de las mujeres —por lo menos en su mayor parte— de poseer una casa que despierte la envidia de sus conocidos, parecería un desplazamiento del momento en que, como niña pequeña... “advierde el pene de un hermano o de su compañero de juegos, llamativamente visible y de grandes proporciones; lo reconoce al punto como símil superior de su propio órgano pequeño e inconspicuo y desde ese momento cae víctima de la envidia fálica”. 9

Agrandar y hacer conspicua la propia casa es como una compensación que oculta su envidia; ella también muestra algo que despierta la admiración de los que la contemplan.

En “Introducción al narcisismo” 6 Freud nos dice que “La evolución muestra muy distinta estructura en el tipo de mujer más corriente y probablemente más puro y auténtico. En este tipo de mujer parece surgir, con la pubertad, y por el desarrollo de los órganos sexuales femeninos, latentes hasta entonces, una intensificación del narcisismo primitivo... Sobre todo en las mujeres bellas, nace una complacencia de la sujeto por sí misma que la compensa de las restricciones impuestas por la sociedad a su elección de objeto. Tales mujeres sólo se aman, en realidad, a sí mismas...”

Diríamos que la mujer “se ama” en todo su cuerpo, en sus afeites, en las ropas y en las alhajas con que se adorna, como una forma de velar, ocultando la herida narcisística, por la incompletud a que fue sometida.

Así como el hombre niega la castración apoyándose en la visibilidad de su órgano sexual, la mujer necesita de su belleza y de los elementos que puedan realzarla, para negarla.

Vemos en la casa una extensión del cuerpo femenino y por lo tanto, parte importante de su narcisismo. Extensión del propio cuerpo y otras veces, desplazamiento del interés libidinal, desde el cuerpo a la casa, en donde ésta adquiere para su dueña, la cualidad de sostén de la represión de la castración.

En “La interpretación de los sueños”, 4 Freud se refiere al simbolismo de la casa, o aspectos parciales de la misma utilizados en el sueño, como un disfraz del contenido latente, para representar el cuerpo o partes de él.

“Las habitaciones son casi siempre, en el sueño, mujeres y la descripción de sus entradas y salidas suelen confirmar esta interpretación.”

Por otro lado, en los pocos trabajos en los que se ha referido a la sexualidad femenina, destaca las consecuencias que para la niña pequeña tiene la observación de los genitales masculinos.

En “Una teoría sexual” 5 nos dice que “La suposición de que ambos sexos poseen el mismo aparato genital (el masculino) es la primera de esas teorías sexuales infantiles tan singulares y que tan graves consecuencias puede originar.

“De poco sirve al niño que la ciencia biológica dé la razón a sus prejuicios y reconozca el clítoris femenino como un verdadero sustituto del pene. La niña no crea una teoría parecida al ver los órganos genitales del niño, diferentemente formados de los de ella; lo que hace es sucumbir a la envidia del pene, que culmina en el deseo, muy importante por sus consecuencias, de ser también un muchacho.”

En 1925, al referirse a las consecuencias psíquicas de la envidia fálica ~ señala que, “Una tercera consecuencia de la envidia fálica parece radicar en el relajamiento de los lazos cariñosos con el objeto materno.”

Mientras que para Klein, la casa, representando a la madre, nos ubica frente a otro aspecto del problema.

“Muy frecuentemente dibujarán una casa, que representa a su madre y pondrán frente a ella un árbol simbolizando el pene del padre y algunas flores representando



niños.” 1~

La preocupación por el interior del Cuerpo de la madre, blanco de sus ataques envidiosos y consecuentemente, el temor a los ataques retaliativos, hace que cada lugar, cada rincón necesite ser explorado e investigado como una forma defensiva de manejar la angustia frente a lo desconocido amenazante.

Klein, 13 al referirse a las múltiples fuentes de ansiedad que la niña vive en su relación con la madre, dice que, “comparada con el niño, se halla bajo otras ciertas desventajas, debido a razones fisiológicas.”

“Su posición femenina no la ayuda contra su ansiedad desde que su posesión del niño, que sería una confirmación completa y un logro de esa posición, es, después de todo, sólo prospectiva. Ni tampoco la estructura de su cuerpo la provee de alguna posibilidad de conocer cuál es el estado real de los asuntos en su interior. Es esta incapacidad de conocer algo sobre su condición lo que agrava lo que, en mi opinión, es el miedo más profundo de la niña, esto es el de que el interior de su cuerpo ha sido lastimado y destruido y que no tiene hijos o sólo los tendrá dañados.”

Y agrega al pie de página: “Esta es, en parte, la razón por la cual el narcisismo femenino se extiende sobre la totalidad del cuerpo. El narcisismo masculino está focalizado sobre el pene porque el mayor temor del niño es el de ser castrado.”

“En un estadio algo posterior del desarrollo, sin embargo, en un momento en que sus sentimientos de culpa se hacen sentir continuamente, su deseo de apoderarse de los contenidos .buenos. del cuerpo de la madre, o más bien su convicción de que lo ha hecho, y expuesto así a su madre, diríamos figurativamente, a los malos contenidos, hace surgir un sentimiento de culpa y de ansiedad muy graves. Habiendo así destruido a su madre, cree haber arruinado el depósito del cual obtiene la satisfacción de todas sus necesidades morales y físicas. Este temor, que es de tan enorme importancia en la vida mental de la niña pequeña, fortifica aun más los vínculos que la ligan a su madre. Esto hace surgir un impulso a restituir y dar a su madre todas las cosas que ha tomado de ella, una impulsión que se expresa en numerosas sublimaciones de naturaleza típicamente femenina.” 13

La casa puede representar para el inconciente —como lo vemos en los sueños y en la literatura— el cuerpo materno y además el cuerpo propio. Su cuidado, la limpieza y exploración de sus rincones, los adornos que ponemos en ella para embellecerla y la forma en que puede funcionar, nos hacen sentir ligados y protegidos, o por el contrario, sentirla como una prisión llena de peligros, de donde deseamos escapar. Esto nos permite, siguiendo el pensamiento kleiniano en relación con la intensidad de la culpa por los impulsos destructivos y con la capacidad de reparación, “como al niño que venda la pata de la ardilla mordida, mientras pronuncia la palabra ¡Mamá!, ser restituidos al mundo humano de protección, de “ser buenos.” 14

En un artículo titulado “El espacio vacío”, Karin Michaelis da un relato del desarrollo de su amiga, la pintora Ruth Kjær, quien poseía un notable sentido artístico, que empleaba especialmente en el arreglo de su casa, pero no tenía pronunciado talento creador.

Hermosa, rica e independiente, pasaba gran parte de su vida viajando y constantemente dejaba su casa, en la que había gastado tantos cuidados y gustos... En medio de la felicidad que era natural en ella, y que parecía sin perturbaciones, se hundía repentinamente en la más profunda melancolía.

Una melancolía suicida. Si trataba de explicar esto, decía algo así: “Hay un espacio vacío para mí, que nunca puedo llenar.”

Un cuadro que fue retirado de su casa, dejando una pared vacía, que parecía coincidir con el espacio vacío dentro de ella, la llevó a un estado de profunda tristeza, hasta que, febrilmente y en unas pocas horas pintó un cuadro que llenó el vacío de la pared.

A este respecto y a la producción posterior de la pintora, dice Klein: “Es obvio que el deseo de reparar, de arreglar el daño psicológicamente hecho a la madre, y también restaurarse a sí misma, estaba en el fondo del impulso de pintar esos retratos de sus parientes... Al hacerlo, la hija puede apaciguar su propia angustia y puede tratar de reparar a 1ª madre y hacerla de nuevo a través del retrato.” 14

En algunos momentos del análisis de pacientes muy regresivas —especialmente en los estados psicóticos— me ha sorprendido encontrar que expresiones tales como: “Quiero que mi casa brille como un espejo”, o “Me miro en ella”, etcétera, significaban mucho más que una mera forma de referirse a la importancia que pudiera tener para ella, la atención de su hogar.

Por ejemplo, una paciente cuya casa había sido afectada por unas rajaduras en la azotea, por donde se filtraba la humedad, estropeando la pintura, decía:

“¡No lo puedo soportar! Me miro en las paredes del living y de mi cuarto, con la pintura descascarándose y las paredes agrietadas, y siento como si fuera yo misma que me caigo en pedazos. Si no me ayudan a arreglar todo esto, temo enloquecer.”

\*

Lacan 16 dice, “el estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación, y para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina la forma que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad y a la armadura por fin asumida de una identidad enajenante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental... Este cuerpo fragmentado, término que he hecho también aceptar en nuestro sistema de referencias teóricas, se muestra regularmente en los sueños, cuando la moción del análisis toca cierto nivel de desintegración agresiva del individuo.

“Aparece entonces bajo la forma de miembros desunidos y de órganos figurados en exoscopia, que adquieren alas y armas para las persecuciones intestinas, los cuales fijó para siempre por la pintura el visionario Jerónimo Bosch, en su ascensión durante el siglo decimoquinto al cenit imaginario del hombre moderno. Pero esa forma se muestra tangible en el plano orgánico del mismo, en las *líneas* de fragilización que definen la anatomía fantasmática, manifiesta en los síntomas de la escisión esquizoide o de espasmo de la histeria.”

---

\* Ya el lenguaje cinematográfico ha utilizado *la casa*, con sus paredes que se van resquebrajando, perdiendo su forma primitiva y cayendo una a una hasta su destrucción total, para describir la desintegración psicótica de sus personajes.

Planteo si, en algunos estados, la casa, con sus elementos desordenados o deteriorados, no es como el reflejo que lleva, en un proceso inverso, desde la imagen del cuerpo como totalidad, a la angustia de las fantasías de fragmentación.

En otras palabras, si la imagen de la casa deteriorada no nos remite, en un proceso involutivo, a una angustia de la que se trata de huir; pero, como en el suplicio de Sísifo, la tarea terminada se *deshace y hay que recomenzar cada vez*.

Quizás en la mujer, cuya máxima capacidad creativa está en su misterioso interior, la preocupación por poder conservar a su alrededor una armoniosa completud, vivenciada como el reflejo visto del interior desconocido —reflejo sostén de la imagen del cuerpo como totalidad— esté en relación con la angustia de castración.

No en vano Lacan se refiere a la “niña confrontándose, desnuda en el espejo: su mano como un relámpago cruzando de un tajo torpe la carencia fálica .

## **LA CASA Y EL NIÑO**

Aberastury 1 dice que, “Durante el tratamiento psicoanalítico de niños, encontré con frecuencia que en el juego de construir casas, el niño expresaba muchos de sus conflictos fundamentales y que podía observarse si su esquema corporal era deformado y en qué manera.”

Agrega: “Al estudiar las condiciones especiales bajo las cuales se estructura el esquema corporal y la noción de espacio pude comprender por qué en la construcción de una casa, al simbolizar ésta al sujeto, pueden expresarse situaciones emocionales traumáticas importantes y también verse cómo han influido en su esquema corporal o en su relación con el espacio. .. Un sujeto valoriza una parte de la casa que construye, *pone el*

*énfasis* en algo que otro anulará, agrega algo que no existe o elimina partes fundamentales en la construcción de una casa.

“El lenguaje que se expresa en este juego es un lenguaje espacial.

“Cada sujeto tiene y expresa una determinada configuración espacial, y esta denominación creada por Homburger, significa la especial relación dinámica de las formas, tamaños y distancias en cada sujeto.

“En cada configuración espacial determinada, el sujeto expresa: a) su experiencia en el espacio y b) su situación actual frente al espacio y a su propio cuerpo.”

Dupont Muñoz 3 utiliza el dibujo de la casa y “El constructor infantil”, en sesiones con niños que enfrentan la proximidad de la muerte por cáncer. “Es bien sabido que la casa simboliza el cuerpo y sus partes y que al construirla se expresan situaciones traumáticas importantes en relación con el esquema corporal.”

Sabemos que **la casa** es uno de los primeros dibujos del niño: persiste a través de su desarrollo y es un índice de su nivel intelectual y afectivo.

En este presente de vuelos espaciales, los libros y revistas de ciencia-ficción, así como las películas y los programas televisivos con el mismo tema, ocupan un lugar de privilegio en las mentes infantiles. Las complejas naves y las construcciones interplanetarias despiertan su más vivo interés y son reproducidas en sus juegos y en sus dibujos.

Sin embargo, la sencilla casita-rancho sigue dibujada en las paredes de las salas de juego de los analistas de niños.

Con lápices, con crayolas o con plasticina, su reproducción llena hojas y hojas, y según sea su forma y su color, su tamaño, la ubicación en el espacio, el ambiente que la rodea y la ornamentación, podemos inferir el tipo de relación que puede establecer consigo mismo y con el otro; sus angustias, sus defensas y sus deseos.

Recordamos a un niño de tres años y seis meses, hijo de padres divorciados y que sentía una gran ansiedad por esta separación, llegar a la primera sesión de análisis acompañado por su madre por haberse negado a entrar solo en la sala de juego.

Ubicó los juguetes que estaban sobre la mesa, en una fila apretada entre él y el analista y tomando la plasticina dijo a su madre: ¡Mamá!, ¿me hacés una casa?” A lo que, obviamente, ella respondió azorada: “¡Pero si no la sé hacer!”

Diego, de siete años, comunicó a través de una serie de casitas, dibujadas en sesiones sucesivas, el embarazo de su madre, que estaba tratando de elaborar. Primero fue la casa con el techo a dos aguas; esta se fue modificando, con la redondez del techo hasta transformarse en un iglú; y finalmente, al agregarle las piernas, los brazos y la cabeza, quedó convertida en “mamá, con el vientre abultado”.

Ana, de doce años, en un período en que el quehacer analítico estaba centrado en el proceso de diferenciación entre ella y la figura materna, dibujó una casa, empezando por el piso y continuando hacia arriba con el dibujo detallado de las paredes, con sus puertas y ventanas, hasta llegar al techo, el que se prolongaba, formando las polleras de una joven, que emergía, desplazándose como una oruga que deja su capullo.

Existen numerosos ejemplos en la literatura infantil, en donde la protagonista —o el héroe— son expulsados de la casa de su infancia, que muestran sus vicisitudes en el largo trayecto antes de re-encontrar la casa que los acoja, que adquiere así su significación de deseo realizado.

En “Blanca Nieves y los siete enanitos”, la madrastra dueña del castillo vive sin preocuparse de la niña hasta que ésta, llegada a la adolescencia, se convierte en su rival.

El espejo que habla de la belleza de la niña, sella su destino: deberá morir. Y así sale del castillo y encuentra la casita del bosque.

Se establece entonces una lucha entre la bruja que quiere hacerla salir de la casa —o al menos abrir sus aberturas— como una manera de romper la protección que

representa el estar dentro, y el esfuerzo de los enanitos (¿aspectos fragmentados de la figura paterna?) para que se mantenga encerrada. Finalmente, cuando asume la muerte simbólica, por haber comido la manzana envenenada, la protegen poniéndola en una caja-casa cristal, de donde será rescatada por el príncipe, que con un beso la devuelve a la vida.

El tema de los niños perdidos en el bosque que sorpresivamente encuentran una casita tentadora de azúcar y turrón y, que al penetrar en ella, tienen que pasar por múltiples peligros antes de poder regresar, como el héroe, triunfantes y llenos de oro, a la casa paterna, es frecuente.

Y son innumerables los ejemplos de casitas —o castillos— que juegan un papel importante en la dinámica de los cuentos infantiles.

Y es que la casa es para nosotros, el continente del recuerdo.

Nuestra vida se va depositando en sus paredes, en sus rincones, y a ellos acudimos cada vez que necesitamos ubicarnos en el tiempo o en el lugar del sueño o de la fantasía.

Se sueña con la casa de la infancia O de la adolescencia; con la casa de los abuelos o de tal o cual amigo que ha dejado una huella en nosotros.

Revelan características de una época, de un momento histórico, de las necesidades y de las modalidades de un país y de los anhelos de sus moradores. Y la historia de sus transformaciones acompaña la historia de la humanidad: el hombre y su vivienda siempre van juntos.

## **LA CASA: SU RELACIÓN CON EL SÍNTOMA**

Paso a comentar dos ejemplos en los cuales el síntoma predominante estaba estrechamente relacionado con la casa: *permanecer o salir de ella*.

1) Gladys, de veintitrés años, consultó por Un síntoma que dificultaba todas sus

actividades: se sentía terriblemente angustiada cada vez que se veía obligada a dejar su casa.

En algunas ocasiones lograba vencer su ansiedad, pero la mayoría de las veces ésta se hacía tan intolerable que, poco a poco se había ido recluyendo sin otras actividades que las que podía desarrollar dentro de su casa.

Empezó un análisis en el curso del cual se pudo ver la complejidad de su síntoma. El temor de salir se centraba, fundamentalmente, en el hecho de que, estando en la calle, no podía esconderse si se encontraba con determinadas personas. En su casa podía sentir el mismo terror ante la perspectiva de ese encuentro, pero la diferencia radicaba en que la casa, sentida como algo extremadamente protector, le brindaba sus múltiples rincones y la posibilidad de que sus puertas cerradas se ubicaran como obstáculos entre ella y su perseguidor.

Las personas temidas no eran siempre las mismas, sino que en cualquier encuentro casual, éstas podían volverse peligrosas, de acuerdo a un complicado mecanismo asociativo que no podía controlar.

Por lo tanto, la persona que hasta ayer representaba el peligro podía, en un momento dado, transformarse en aliada y dejar su lugar de amenaza a otra, indiferente hasta entonces.

Esto convertía en algo extremadamente difícil, para la paciente, el tomar precauciones porque sólo en el momento del encuentro podía conocer su reacción. Ésta consistía en una pérdida del control motor; hubiera querido correr, pero no podía. Quedaba paralizada y expuesta a las miradas de Su interlocutor, y en ese momento se producía un delirio de transformación corporal Por el cual creía que su boca tomaba una forma tan extraña al cerrarse y abrirse para emitir unas pocas palabras, que la otra persona quedaría espantada al enterarse de su secreto, pese a todos sus esfuerzos para ocultarlo.

“Si viviera en algún lugar de Arabia, en donde las mujeres se cubren el rostro, dejando al descubierto solamente los ojos, creo que no tendría tantos problemas”, dirá en una ocasión.



Desde su casa, como desde un fuerte, **y** ayudada por su madre quien, según ella, era la única persona que conocía su enfermedad, sostenía una complicada red de mentiras para explicar su ausencia de las reuniones que daban sus amigos y familiares, o de los centros de estudio de donde, poco a poco, se había alejado totalmente.

La puerta de su casa estaba siempre cerrada; sufría de una constipación muy rebelde **y** cuando se casó, en el curso del análisis, desarrolló una vaginitis que hizo imposible la relación sexual durante meses.

Toda ella estaba cerrada, como obligaba a que se mantuvieran cerradas las puertas y ventanas de su casa.

Al cabo de un tiempo de tratamiento, en una sesión que fue la última, me comunicó, sumamente asombrada —y atemorizada— que, sin que supiera cómo ni hubiera podido preverlo, en ese fin de semana habían sucedido dos hechos altamente sorprendentes: la defecación se había efectuado sin ninguna dificultad y su marido había podido penetrarla.

No vino más.

En esta paciente existían elementos agorafóbicos, donde la peligrosidad del espacio abierto radicaba en la amenaza del encuentro: la protección de la casa cerrada alejaba la posibilidad de que éste se produjera.

J.Mom señala que “tanto la claustrofobia como la agorafobia muestran en forma dramática, una disociación o división perfecta en el paciente aquejado de alguna de ellas [...] Parece entonces que, en el momento en que se colocan los peligros internos en un lado, se cumple aquello de poder vivir tranquilo en el otro lado. Aunque un detalle más sería necesario para que se cumpliera esto último: evitar a través de un cuidadoso control que, a partir de esa instancia, esos dos lugares se pusieran en contacto. 18

En el adentro, que es su casa, la casa de sus padres en donde había transcurrido toda su infancia, siguió viviendo cuando se caso.

Existía una identificación de ella con la casa en donde ambas se confundían en el esfuerzo por mantener dos zonas perfectamente diferenciadas: *lo abierto*, representante del peligro y *lo cerrado*, donde se sentía segura.

Su miedo a las ventanas abiertas se asociaba con un recuerdo infantil, en el que le había parecido ver, a través de los vidrios, la máscara de la muerte. Y la transformación de su rostro, que atemorizaría tanto al otro, era su propio miedo, como en un espejo, frente al rostro transformado en muerte. Cerrarse era esconderse, eludiendo un destino de destrucción, así como cerrar sus aberturas representaba su deseo de mantener bajo control los propios aspectos tanáticos; que indudablemente se vinculaban con la relación que mantenía con su madre. Ésta era dependiente y sádica a la vez; ella era la portadora de la palabra que explicaría la ausencia, permitiendo el mantenimiento del secreto y era víctima, al mismo tiempo, del secreto, ya que su tiempo estaba, casi enteramente, acaparado por las necesidades de su hija.

El padre estaba al margen de esta alianza, y cuando la paciente se casó, su marido ocupó el mismo lugar que él: meras figuras secundarias del drama, donde el síntoma nos hacía pensar —a través de los sueños, de los recuerdos, etcétera, de Gladys— en su relación con la muerte.

Pero Freud nos habla de un terror “relacionado con la vista de algo”<sup>4</sup> “La visión de la cabeza de Medusa paraliza de terror a quien la contempla, lo petrifica.” Y más adelante, agrega: “Lo que despierta horror en uno mismo, también ha de producir idéntico efecto sobre el enemigo al que queremos rechazar. El diablo emprende la fuga cuando la mujer le muestra su vulva.”

Freud señala que “quedar rígido significa, efectivamente, la erección. Es decir, en la situación de origen ofrece un consuelo al espectador: todavía posee un pene, y el ponerse rígido viene a confirmárselo.”

Pero la muerte es un estar rígido también; convertida en piedra, sin vida. Aislarse con su madre en la casa tapiada, ¿no sería quizás, la expresión de un deseo de retornar al origen, más allá de las diferencias y más allá, también, del vivir y el

morir?

II) Los padres de Guillermo, de tres años de edad, consultaron porque el niño presentaba serios trastornos en el acto de la defecación.

Aunque el síntoma databa de tiempo atrás, había ido aumentando en intensidad y, en el momento de la consulta, representaba un problema que tenía profundamente abatidos a los padres.

Lo describieron como un niño alegre y comunicativo hasta el momento en que empezaba a sentir necesidad de defecar.

Entonces se quedaba acurrucado en un rincón, sin querer comer ni jugar.

Permanecía así, a veces hasta ocho días y' a pesar de los esfuerzos desesperados de sus padres, se negaba tenazmente a sentar-se en el inodoro o en la bacinilla, defendiéndose vehementemente de todo lo que pudiera significar un intento de violentar su resistencia.

Finalmente, cuando ya no podía soportar más, se acostaba en su cama, totalmente vestido, se tapaba con las frazadas y así, y en posición fetal, defecaba. Permanecía todavía unos minutos en total inmovilidad y luego, lentamente, se sacaba la ropa y miraba las heces con atención.

Sólo entonces se mostraba aliviado, como si hubiera escapado milagrosamente de un gran peligro, y permitía que su madre arrojara las heces en el inodoro, lo lavara y lo vistiera.

El niño presentaba también otros síntomas: no permitía que le cortaran el cabello ni las uñas y, fundamentalmente, le era prácticamente imposible separarse de su madre y de su casa.

No salía a jugar ni a la vereda; permanecía dentro de su casa y sólo en raras ocasiones se asomaba al jardín.

Su madre no podía abandonar la casa ni un momento porque durante su ausencia, el niño hacía una crisis de angustia, obligándola a permanecer al alcance de su mirada, lo que la hacía sentirse prisionera, en una situación que no podía ni sabía manejar. Debido a las exigencias del niño, la hija menor, de un año y seis meses de edad, tenía que ser atendida la mayor parte del tiempo, por una empleada; ya que ella se dedicaba casi exclusivamente a Guillermo.

La única salida permitida era la del padre, para atender sus ocupaciones; el resto de la familia vivía como recluido en la casa.

Paso por alto otros datos del material clínico, así como las circunstancias que me llevaron a mantener, con el niño y su madre, una serie de entrevistas que abarcaron un período de tres meses y medio, con la base de tres sesiones semanales,

En mi primer encuentro con el niño, en la sala de espera, me sorprendió su aspecto agradable y vivaz. Estaba parado al lado de su madre y, cuando los invité a entrar, se abrazó a ella y entraron juntos, caminando él entre sus piernas y abrazado a ellas, con la cara apoyada en su cuerpo.

Cuando la madre se sentó, él subió a su falda y quedó estrechamente unido a ella, sin mirarme ni hablarme.

La madre también permaneció un rato en silencio, contemplando el cuarto de juego y luego hizo algunos comentarios acerca de los dibujos e inscripciones que veía en las paredes. Además preguntó el porqué de los juguetes, de la canilla y de la arena.

Al decirles que la madre tenía los ojos, que podían mirar, y las palabras, que podían hablar y que por eso Guillermo permanecía mudo y con los ojos cerrados, ella contestó:

“No puede separarse de mí; es una parte mía.”

Luego, dirigiéndose al niño, le dice: “Cuéntale a la señora que tienes un perrito en casa.”

Guillermo mueve lentamente la cabeza y me mira; es un niño sumamente agradable. Roza apenas con los dedos de su mano derecha la superficie de la

mesa, señala la plasticina pero, aunque se la acerco, no la toca.

Tomo la plasticina y hago un perrito que dejo sobre la mesa.

Lo empuja, y al hacerlo caer, esboza una Sonrisa, pero en seguida esconde nuevamente la cara en la falda de la madre y permanece así hasta el momento de irse.

Al preguntarle si quiere volver, mirándome de reojo accede, con un movimiento de cabeza.

En las sesiones que siguieron a este primer encuentro, Guillermo, sin dejar la falda de su madre, pero ya de frente a mí, fue utilizando cada uno de los juguetes para hacerlos defecar y después, indiferenciados de sus heces, los arrojaba junto con éstas, a la pileta.

Luego, él mismo fue las heces-bebé, que iba saliendo de entre las piernas de su madre, como en un defecar-nacer.

Esta maniobra fue repetida varias veces -y continuada en el diván, de donde se deslizaba muy lentamente, con la cabeza hacia abajo, mientras que con las manos reconocía el piso, antes de abandonarse a él.

La madre repitió en varias oportunidades:

“Es un pedazo mío: no se puede separar.” -Al comentar que es como una “caca”, que no se despega, si se despega “se hace caca” (en el sentido de perderse; irse por el inodoro), Guillermo se pone a reír y empieza -a cantar: “Coco, qui-qui, que-que, cu-cu. Yo agrego: ca-ca. Tira uno a uno, todos los juguetes al suelo, con fuerza y dice: “Se hicieron caca.” Canta y se pasea por el cuarto mirando y tocando todo; luego hace un cilindro con toda la plasticina y dice que es un pito.

Pensamos entonces que sus síntomas se relacionaban con una intensa angustia de castración (le había nacido una hermanita, siendo todavía él muy pequeño), en donde las heces ya no sólo representaban su pene en peligro de ser expulsado, sino todo él que, al desprenderse de su madre, iba a desaparecer como lo inservible.

En una entrevista que tuve con los padres, un tiempo después, éstos se mostraron muy satisfechos porque el niño había mejorado considerablemente.

Defecaba naturalmente, permitía que le cortaran el cabello y las uñas, y además... En ese momento la voz de la madre se hizo casi inaudible y tuve la impresión de que tenía que hacer un esfuerzo considerable para poder continuar su relato. “. . . Ahora puede salir de la casa... sale a jugar a la vereda y pasa mucho tiempo en la casa de luna vecina, que tiene niños, jugando con ellos. Nosotros también podemos salir; vamos al cine o a la casa de amigos y los niños se quedan con la empleada, sin ningún problema. Yo sé que todo esto es una mejoría, pero...

Rompió a llorar amargamente, a pesar de los esfuerzos del esposo —que hasta ese momento había permanecido en silencio— para tratar de calmarla.

Después de un tiempo, que me pareció muy largo, me relaté en forma entrecortada por una intensa emoción, algo que surgía por primera vez: previo a este matrimonio, había estado casada durante unos pocos meses y su relación con el primer marido se había interrumpido bruscamente cuando, saliendo de su casa para concurrir a su trabajo, él había sido atropellado por un auto, muriendo instantáneamente.

Su casamiento con el marido actual se produjo casi en seguida del accidente y poco después se embarazó de Guillermo.

Paso por alto las circunstancias que la llevaron a efectuar un segundo matrimonio en seguida de la muerte de su primer marido, pero si quiero señalar que este hecho la sumergió en una situación conflictual, que no se sentía con derecho a manifestar, ya que su duelo pertenecía a un pasado, aunque continuamente sombreaba su presente,

No podía llorar; el muerto no pertenecía a esta familia y por lo tanto su llanto la agraviaba.

Entonces desarrolló un temor, que iba en aumento, cada vez que alguien salía de la casa para ir a la calle.

Guillermo fue lo visible de lo que ella quería ocultar.

Retener a la madre, y a sí mismo, dentro de la casa, así como retener las heces hasta el límite de lo posible, dentro de él, era el intento de impedir la muerte brusca, haciendo lento y retardado todo el proceso del salir, que es como un defecar-nacer-

morir.

¿Es por su relación con la muerte que en Guillermo adquirió caracteres tan dramáticos y amenazadores el enfrentamiento con la castración?

Lacan pregunta: “¿Qué es el complejo de castración? El padre es quien es, por derecho, poseedor de la madre con un pene suficiente, mientras que el instrumento del niño está mal asimilado y es insuficiente.

“Ese es el origen. Es en tanto que su propio pene le está momentáneamente negado, que el niño puede alcanzar una función paterna plena, ser alguien que se siente legítimamente en posesión de su virilidad.

“Este es el término. El nombre del padre es esencial para la estructuración de un mundo simbólico; mediante él, el niño sale de su emparejamiento con la omnipotencia materna. Pero el complejo de castración solo puede vivirse si el padre real juega verdaderamente el juego.” 17

Pero, ¿qué padre para Guillermo? ¿El no-padre muerto, separado bruscamente de la madre, pero que sigue imponiéndose a través de un duelo que no le está permitido elaborar?

¿O el otro padre, que sale y entra de la casa, pero como la sombra sustitutiva del otro?

La angustia frente a una ausencia que no puede ser aceptada, impide el salir; las heces de Guillermo; Guillermo de la madre, todos de la casa.

Porque el destino del que sale es morir.

Frente a este destino de muerte —todos vamos a morir— surge la angustia acerca de la experiencia —nunca experimentada pero amenazante— de la muerte.

Al someterse al nombre del padre para poder salir del emparejamiento con la figura materna, el hombre, vencida su omnipotencia, se empareja con la muerte

## **LA CASA Y LA MUERTE**

La casa tiene una especial relación con la labor de duelo.

“El dolor experimentado en el lento proceso del juicio de realidad durante la labor de duelo, parece deberse, en parte, no sólo a la necesidad de renovar los vínculos con el mundo externo y así continuamente reexperimentar la pérdida, sino al mismo tiempo y por medio de ello, de reconstruir ansiosamente el mundo interno que se siente en peligro de deterioro y desastre.” 15

La frecuencia con que aparece en los sueños, durante la situación de duelo, la casa habitada en el otro momento del existir, anterior a la pérdida, es como el marco o el sostén para que ese mundo interno no se derrumbe.

Para Guillermo y su madre la casa de donde no se podía salir, era como una tela de araña que los envolvía en una relación sin salida porque, al no poder hablar del muerto, ese silencio condenaba al padre vivo, y a la familia toda, a ser como una sombra, manteniéndose como en un sueño, en la negación de la muerte.

Me referí en el comienzo a la paciente que, desde el avión, transformaba el alejamiento espacial en algo temporal, ya que las casas pequeñas por la distancia, eran para ella, las pequeñas casas de su infancia.

Como desde un avión, hemos contemplado a vuelo de pájaro y en forma muy sintética, algunos de los aspectos en los que, el transcurrir de nuestra vida está unido emocionalmente a alguna casa.

Con algunos ejemplos clínicos, nos hemos referido a las vicisitudes de la relación de la mujer con la casa, representante del cuerpo materno y de su propio cuerpo, así como también, su relación con la castración y la muerte.

Hemos tratado de comprender qué es cada casa y en cada momento de la situación analítica en este o en aquel paciente

Quizás nuestro interés ha detectado matices especiales en el tema porque una mudanza, a los cuatro años, provocada por la muerte de un familiar muy próximo, dejó el deseo del re-encuentro con la casa por donde todavía no habla pasado la muerte.



## CONCLUSIONES.

Tratando de contestar a una pregunta acerca de por qué la casa ocupa un lugar de privilegio en el deseo —conciente e inconciente de poseerla, la hemos mirado” a través de los ojos de los pacientes, y así se ha destacado ya sea como en su representación del cuerpo materno, o del propio cuerpo, así como también con el significado de lo que podría complementar la falta, ya que, por su cualidad de ser perfectible, escapa al destino inexorable de lo que no se puede cambiar.

He tratado de mostrar cómo, para la mujer especialmente, el vínculo con la casa, revive situaciones muy tempranas reprimidas en donde, la rivalidad, la agresión y también los sentimientos reparatorios en relación con la madre, encuentran una forma de expresión sin trabas.

En ese sentido, la relación ambivalente que se establece con la empleada —personaje que siempre está presente como si constituyera una unidad con la casa— hace pensar en la madre-sirvienta, que es un objeto desvalorizado, pero altamente necesitado, tanto como para provocar una intensa ansiedad si se aleja.

Freud, 11 al referirse a la importancia de la fase pre-edípica de la mujer, dice: “[...] Hasta hube de aceptar la posibilidad de que muchas mujeres queden detenidas en la primitiva vinculación con la madre, sin alcanzar jamás una genuina reorientación hacia el hombre.” Pero agrega: “Todo lo relacionado con esta primitiva vinculación me pareció siempre tan difícil de captar en el análisis, tan nebuloso y perdido en las tinieblas del pasado, tan difícil de revivir, como si hubiera sido víctima de una represión particularmente inexorable.”

Pienso si solamente, a través de una representación simbólica sustitutiva, se hace posible la emergencia de estas emociones, vinculadas a la temprana relación de la niña con su madre.

Por otro lado, como ya vimos, la casa tiene una particular vinculación con el

pasado perdido. Me he referido a la casa que aparece frecuentemente, durante la elaboración de un duelo.

En el inconciente —donde nada muere— sigue existiendo, como continente de “lo olvidado”; como lugar donde habitan los seres perdidos y las emociones ligadas a ellos.

Cuando en 1920, Freud introduce la pulsión de muerte, dice: “La meta de toda vida es la muerte; y con igual fundamento, lo inanimado era antes que animado [...] Hemos fundado amplias conclusiones sobre la suposición de que todo lo animado tiene que morir por causas internas. Esta hipótesis ha sido naturalmente aceptada por nosotros, porque más bien se nos aparece como una certeza. Estamos acostumbrados a pensar así y nuestros poetas refuerzan nuestra creencia. Además, quizás nos haya decidido a adoptarla, el hecho de que no teniendo más remedio que morir, y sufrir que antes la muerte nos arrebatase las personas que más amamos, preferimos ser vencidos por *una implacable ley natural*, por la soberana **avaykn** antes que por una casualidad que quizás hubiera sido evitable. Mas quizás esta creencia en la interior regularidad del morir, no sea tampoco más que una de las ilusiones que nos hemos creado para soportar la pesadumbre del vivir.”

También en “El malestar en la cultura”, Freud se refiere a la muerte como a la liberadora de los sufrimientos que impone el vivir.

“¿De qué nos sirve, por fin, una larga vida, si es tan miserable, tan pobre en alegrías y rica en sufrimientos, que sólo podemos saludar a la muerte como feliz liberación?”

La muerte, entonces, nos devolvería a *la casa-tumba, como un retorno al* vientre materno, “primera morada cuya nostalgia quizás aún persista en nosotros, donde estábamos tan seguros y nos sentíamos tan a gusto”, cerrando así el ciclo de la vida humana.

## BIBLIOGRAFÍA

- 1) *ABERASTURY, A.* - "El luego de construir casar. Su interpretación y su valor diagnóstico." *Rev. de Psic.*, t, VII, p. 3; 1950.
- 2) *ABRAHAM, K* - "Manifestaciones del complejo de castración femenino." (1920). *Psicoanálisis clínico*, Ed. Hormé.
- 3) *DUPONT MUÑOZ, M. A.* - "El paciente que va a morir" (1972). *Rev. de Psic.*, t. XXXI, Nº 4; 1974.
- 4) *FREUD, S.* "La interpretación de los sueños" (1900), O. C., t. VII, p. 2º. Ed. Americana.
- 5) *FREUD, S* - "Una teoría sexual" (1905). O. C., t. II. Ed. Americana.
- 6) *FREUD, S.* - "Introducción al narcisismo (1914). O. C., t. XIV, E. Americana.
- 7) *FREUD, S.* - "Más allá principio del placer" (1920). O. C, t. II. Ed. Americana.
- 8) *FREUD, S.* - "La cabeza de Medusa" (1922). O. C, t. XXI, Ed. S. Rueda.
- 9) *FREUD, S.* - "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica" (1925). O. C., t. XXI. Ed. S. Rueda.
- 10) *FREUD, S.* - "El malestar en la cultura (1930).
- 11) *FREUD, S* - "Sobre la sexualidad femenina" (1931) O. C., t. XXI. Ed. S. Rueda.
- 12) *GAUTIER, T.* - "Arria Marcela - Recuerdo de Pompeya." Las mejores historias insólitas. Ed. Bruguera, 1970.
- 13) *KLEIN, M.* "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador" (1929). *Contribuciones al psicoanálisis*. Ed. Hormé.
- 14) *KLEIN, M.* - "El análisis de tunos (1932). Ed. A. P. A. (El Ateneo), cap. XI
- 15) *KLEIN, M.* - "El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos" (1940). *Contribuciones al psicoanálisis*. Ed. Hormé.
- 16) *LACAN, J.* - "El estadio del espejo como formador de la función del yo, tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica" (1949). *Lectura estructuralista de Freud*. Ed. Siglo XXI.

- 17) LACAN, J.-"La relación de objeto y las estructuras freudianas" (1957). Rev. Uruguay de Psic., t. XI, Nº 2; 1969.
- 18) MOM, J -"El yo y su control a través de los objetos en la agorafobia." Rev. Urug. de Psic., t. IV, 4º, 3. 1961,1962.
- 19) RICOEUR, P .-"Principio de placer y principio de realidad" (1965). Rev. Urug. de Psic., t. IX, Nº 1; 1967.

Vida M. de Prego\*

---

\* Dirección: Estero Bellaco 2666, Montevideo

